

Por: Hugo Goldsack

El extraño destino de Juan Modesto Castro

Muchas sorpresas me he llevado en la vida, pero una de las mayúsculas ha sido, sin duda, la que nos dio un ingeniero de minas, ya de edad madura, que visitaba, por razones de negocios, la oficina de publicidad de Pablo Petrovich, de quien yo era, más que secretario, una especie de factótum, pues hacía de todo, desde redactar una nota dirigida a alguna autoridad pública hasta un texto publicitario y desde una traducción hasta un dibujo. Solía el ingeniero de minas conversar con nosotros sobre literatura, materia que lo apasionaba y acerca de la cual estaba, generalmente, muy bien informado. Participaba de mi entusiasmo de entonces por la literatura francesa y la novelística rusa, especialmente la anterior a la Revolución de Octubre. Además, a diferencia de muchos profesionales y técnicos que suelen despreciar ostensiblemente todo producto literario "made in Chile", había leído cuanto era posible encontrar en narrativa.

El hombre llegaba a nuestra oficina, situada en la apacible y estrecha calle Tenderini, a un costado del Teatro Municipal, dos o tres veces por semana, y luego de haber conversado con Petrovich los asuntos comerciales que se traían entre manos, se dirigía a la oficina que ocupábamos el poeta Alejandro Galaz y yo, automáticamente aquello se convertía en un verdadero ateneo literario, cuya única diferencia con los demás consistía en que en el nuestro se hablaba más bien que mal de la gente de letras... Al poco rato se aparecía allí Alfredo Lieux, uno de los pioneros de la radiotelefonía chilena, desencarnado hace unos dos años, y luego José Saravi, un admirable dibujante y proyectista argentino, que murió trágicamente hace unos cuarenta años, Jorge González, dibujante como el anterior e hijo del Maestro Juan Francisco González, "Penike", notable caricaturista, cuyo estilo, atormentadamente barroco, recordaba el arte de Bagaria, y tantos más.

Fue en el curso de una de estas inolvidables tertulias cuando nuestro ingeniero nos entregó una primicia informativa:

— Amigos, quiero que sean Uds. los

primeros en saberlo. Me voy a dedicar a la literatura.

— En los ratos de ocio, le acotó Galaz. Porque supongo que no creerás que podrás vivir del ejercicio literario.

Todos reímos, menos el ingeniero, que arreglándose las gruesas antiparras —era desusadamente miope, como Luis Durand— replicó velozmente y con un aplomo que nos dejó perplejos:

— No en los ratos de ocio, sino que durante todo el tiempo útil o hábil de que pueda disponer hasta el final de mi vida. Y quiero advertirles, además, que no sólo voy a ganar fama con mi literatura, sino también dinero. Es más: ¡me haré rico con mis novelas!

Acostumbrados como estábamos a ver muy de cerca las indigencias paavorosas de los escritores y los artistas, para los que la sociedad chilena no ha sido nunca — y menos entonces— una madre tierna o una buena amiga, aquello nos pareció tan irsólito que sólo atinamos a ensayar una sonrisa de ambigua aprobación para no herirlo en sus sentimientos íntimos.

Pocas semanas después apareció "Cordillera Adentro", una novela escrita en lengua vernácula, vale decir, ceñida estrictamente a ala sintaxis y la prosodia de habla de arrieros y campesinos. Este apego excesivo a las exigencias del realismo literario le restó posibilidades, porque la lectura de páginas y páginas escritas de ese modo resulta fatigoso. De todos modos, la crítica lo trató bastante bien, y Juan Modesto Castro, que así se llamaba nuestro ingeniero de minas, se convirtió en un escritor conocido. Esto ocurría en 1937. Tres años más tarde, apareció "Aguas Estancadas", extraordinaria novela en que relataba el mundo, conmovedor y terrible a un mismo tiempo, de los hombres que agonizan por meses años, años henillos, hospitales, y la orgullosa afirmación que nos había hecho cuatro años antes se cumplió: vendió toda la edición y le ofrecieron valiosos contratos editoriales. Por desgracia, el hombre propone y Dios dispone, y cuando se aprestaba a emprender, a tranco firme, el camino de la gloria, una enfermedad traidora acabó con sus días, justamente en la sala común de un hospital.